

Memoria de acciones medioambientales

Mi vida siempre ha estado ligada a la naturaleza. Me crie en las medianías de Gran Canaria, en una familia de raigambre agrícola y con varias generaciones de terratenencia, entre las que me incluyo. Desde mi infancia he estado cautivado por todo aquello que crece y por los ecosistemas en los que nos movemos. Por otro lado, hace un año que me dedico profesionalmente a la arqueología en una isla en la que un gran número de los yacimientos están integrados en el medio natural, al igual que lo estuvo la cultura de las sociedades pasadas que estudiamos. Soy deportista en carreras de obstáculos por montaña, y en general busco deportes en la naturaleza. Mi ocio siempre ha estado orientado mayormente a salidas al campo. Otra proyección a la que dedico mi tiempo desde hace poco es al movimiento scout, como voluntario en el grupo 105 Bentaya. Muchas de las actividades que realizamos están, si no directamente protagonizadas, relacionadas con el medioambiente; y es que uno de los cuatro compromisos de este movimiento es el que tenemos con él.

Por todo esto, no es de extrañar que siempre haya buscado la manera de aportar parte de mi esfuerzo en proyectos que cuiden del medio natural, que fomenten la relación entre esa gran parte de nuestro mundo y la comunidad que lo habita. Al final, cuando todos aportamos una gota, hacemos un océano.

Mi recorrido como activista medioambiental comenzó sin proponérmelo, persiguiendo ese anhelo por reverdecer nuestros montes tras el incendio de 2019, de los mayores que se han comido los bosques de Gran Canaria en los últimos años. A principios de 2020 participé en campañas de reforestación organizadas por la Fundación Foresta en los altos de Valleseco, uno de los municipios afectados por el fuego. Se replantaron especies propias del monteverde, concretamente del bosque de fayal-brezal. También hubo jornadas de mantenimiento de las zonas reforestadas en las que nos dedicamos a regar.



No obstante, la situación vivida en ese año no me permitió seguir participando en proyectos relacionados. No fue hasta el año siguiente, 2021, donde encontré más oportunidades de seguir reforestando. Era el camino que veía para que mi aportación fuera creciendo. Participé en dos proyectos organizados por el Ayuntamiento de Teror, pueblo del que soy natural. Uno que partía desde la propuesta de “Un árbol por Europa”, en el que varios jóvenes del municipio nos juntamos para plantar árboles en una de nuestras áreas más representativas. Además, la Televisión Canaria cubrió este evento, y tuve la oportunidad de ser entrevistado para transmitir mi perspectiva sobre el proyecto y sobre la importancia, cada vez mayor, del medioambiente en nuestra sociedad.



Por otra parte, con la inauguración de la ampliación de la carretera al municipio se celebró un evento multidisciplinar, en el que se realizó, entre otras cuestiones, una plantación a la orilla del trayecto.



Es también en 2021 cuando empiezo mi voluntariado como Scout. Se trata de un movimiento a nivel mundial, con una filosofía compartida que busca la educación de las nuevas generaciones de forma integrada en la sociedad. Como decía antes, uno de los cuatro

compromisos fundamentales que adquirimos los scouts de todo el planeta es el que relacionado con el medioambiente. Así, dentro de mi grupo scout entré a formar parte de la comisión dedicada a proyectos medioambientales. Entre ellos, realizamos uno en colaboración con la Asociación Fénix, nacida también a raíz del último gran incendio. Su principal labor es la concienciación social sobre los fuegos forestales. “Vigías del Fuego” se desarrolla para acercar a nuestros educandos, de entre 6 y 20 años, a la realidad de los bosques canarios, la relación entre hombre y naturaleza y el papel que representan los incendios en esa ecuación.

Una de las cuestiones en las que más quiero influir dentro de este voluntariado es en la relación de los educandos con el medioambiente. No solo que lo conozcan y sepan valorar su importancia, sino también que desarrollen sus vidas en contacto con él y sean capaces de aportar en la medida en la que puedan una gota de ese océano. Así podemos crear una comunidad preocupada por el entorno.

Es por eso que busco desarrollar proyectos, o guiarlos a ellos en proyectos propios, que estén relacionados con este tipo de acciones. En colaboración con el Ayuntamiento de Teror tenemos cerradas varias actividades. Entre ellas, una de reforestación de laurisilva, ideada por los educandos, y otra de limpieza de espacios naturales y de eliminación de especies vegetales invasoras.

A su vez, recientemente fui invitado a una charla-taller de Preferencias Sociales para el Proyecto Marco de Restauración Ambiental de Zonas Forestales de Gran Canaria. Este lo dirige el Cabildo de Gran Canaria y lo organizan Agresta y Genea Consultores. En esa sesión nos reunieron a diversos grupos poblacionales (granjeros, agricultores, activistas, puestos administrativos, empresarios...) para hacer una puesta en común sobre lo que puede ser ese proyecto, dirigido a una mejora de los espacios naturales grancanarios y una integración





entre el mundo rural y urbano con corredores medioambientales de infraestructura verde. Todo ello integrando a todos los sectores poblacionales que, o bien se vean afectados directamente, o estén interesados en su desarrollo.

En general, diría que la proyección hacia la que me impulsan mis inquietudes es hacia la de la conservación de los espacios verdes, de los montes, cumbres y medianías de la isla que tanto definen nuestro patrimonio natural y la idiosincrasia del pueblo canario. La reforestación y el crecimiento de los nuevos bosques, la concienciación social sobre el papel de esos espacios en la comunidad y de cómo la comunidad puede (y debe) integrarse en ellos.

Decían en alguna crónica sobre la conquista de Canarias que hace 500 años una ardilla podía llegar de la playa a la cumbre saltando de árbol en árbol. Durante siglos de desarrollo de la sociedad moderna canaria, esos bosques se perdieron casi en su totalidad, y comenzaron a recuperarse en los años sesenta del siglo pasado. No volveremos a ver aquellas selvas de la época de nuestros ancestros, pues es un mundo distinto con una sociedad distinta. Lo que sí podemos hacer es devolver al planeta el papel de los espacios que habitamos, respetar como se merecen los distintos espacios naturales, e integrarlos en un mundo que cada vez es más urbano.